

Y

364

2924
Ej. 1
1914

CONFERENCIA DEL GENERAL
URIBE, EN EL TEATRO MUNI-
CIPAL, EL 11 DE ENERO DE

1914



JORGE RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

Fundamentos

de la

política liberal

EDITADA POR QUIJANO & ANZOLA
CON PERMISO DEL AUTOR



COLECCIÓN
LIBRO Nº 21
GRAN. BR. 11. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

LIBRERIA
BIBLIOTECA

Fundamentos

política liberal

LIBRERIA
BIBLIOTECA

2924
1914

JORGE RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

“LEA” NIQUITAO 47-61 TEL. 31 11 24

Señores:

Por galante invitación de los industriales y obreros liberales y de los jóvenes estudiantes partidarios de la candidatura Concha, vengo a exponer los fundamentos de la política aconsejada al Partido, en el actual debate electoral.

Entiendo que lo que debo defender son los siguientes considerandos de la Resolución de 31 de agosto, en que la Dirección nacional, su Cuerpo de Consejeros y las Diputaciones liberales de las Cámaras se apoyaron para invitar a los copartidarios a prestar su concurso a la candidatura Concha:

1.º Que en lucha leal y bajo un régimen electoral honrado, el liberalismo se considera con capacidad y número bastantes para triunfar en los comicios;

2.º Que, sin embargo, es conveniente prescindir, por esta vez, de usar de su derecho en esa forma, como sacrificio espontáneo y voluntario en pro de los más altos intereses de la Patria y como la mejor contribución que el Partido liberal puede aportar a la consolidación de la paz y al reinado de la concordia entre los colombianos;

3.º Que ante los graves y numerosos problemas que asedian al país en sus relaciones exteriores y respecto de su progreso interno, es menester procurar la formación de un Gobierno que tenga todos los caracteres posibles de nacional, a fin de presentar al mundo el espectáculo—nó de un pueblo devorado por las facciones y expuesto a ser dominado o invadido por el extranjero que las explotase, lanzando las unas contra las otras—sino de un pueblo unido y fuerte para cumplir el deber de la defensa contra las tendencias imperialistas y conquistadoras que hoy prevalecen universalmente, y unido también para realizar un esfuerzo poderoso a fin de redimirse del atraso, de la ignorancia y de la miseria;

4.º Que con este acto de abnegación y de patriotismo, el Partido liberal deja establecido el hecho de que si esos problemas internos y externos no se resuelven de manera acertada, no podrá ello imputarse a culpa suya, por la actitud de combate que asumiera, aun en pro de sus legítimas aspiraciones, cuya satisfacción aplaza para una época de mayor normalidad;

5.º Que generalmente se considera al Dr. Concha como un ciudadano capaz de elevarse a la concepción de lo que debe ser un verdadero Jefe de Estado, por su reconocido amor a Colombia, por su amplitud de miras, por su probidad, por sus luces, por su entereza y por su preparación; y

6.º Que por su concurso a la candidatura Concha, el liberalismo deposita en él la noble confianza de que sabrá presidir un Gobierno genuinamente nacional y tolerante, que se sobreponga al interés de partido, para preocuparse de preferencia del interés general, de la integridad, progreso y honra de Colombia y de la libertad y justicia para todos los ciudadanos.»

Las proyecciones que esta actitud del liberalismo ha tenido hacia lo exterior han comenzado a ser visibles desde ahora: los Estados Unidos se han plegado a presentar proposiciones para el arreglo del conflicto de Panamá, cosa que probablemente no habrían hecho si hubieran tenido en perspectiva una posible guerra civil en Colombia, que ellos se habrían apresurado a estimular y apoyar, como lo han hecho en Méjico y en Nicaragua, para lograr así un tratado de reconocimiento de la nueva República panameña, sin compensaciones de ninguna clase, o más bien con nuevas exigencias o imposiciones, como la concesión del canal del Atrato y del Archipiélago de San Andrés y Providencia para carboneras, como lo propuso el Ministro Du Bois. Si han tomado la iniciativa de un arreglo decoroso es porque han visto al pueblo colombiano unido como un bloque de granito, impenetrable para la cuña del imperalismo y de la intervención. Del propio modo, ha sido profunda la impresión que este movimiento político ha causado en el Perú y en Venezuela: lo han contemplado como un fenómeno digno de la mayor atención, y que a esos dos países les ofrece un peligro inmediato de que Colombia se encuentre pronto en capacidad de expulsar al uno de los territorios que nos tiene usurpados en el Amazonas, y de sacudir, respecto de la otra, el yugo de los tributos a que tiene sometido nuestro tráfico.

Asimismo, el efecto que en el Exterior ha producido la conducta del liberalismo ha redundado inmediatamente en aumento del crédito de la República; nuestros bonos y demás papeles han subido de valor en los mercados europeos, y los capitales y la inmigración se disponen a venir a invertirse en nuestro país, una vez que han visto asegurada la estabilidad del orden, a lo menos por cinco años más, en virtud de la unión de los dos grandes partidos tradicionales, para la lucha electoral, ya que en el Exterior, tanto como en el interior, hay la costumbre de creer, y no sin fundamento, que esos debates son preliminares de guerra civil.

Recientemente se han reproducido aquí editoriales del Diario radical español *España nueva* y de otros periódicos extranjeros, en que se atribuye al proceder del liberalismo colombiano toda la importancia que tiene, y en que se nos hace la justicia que aquí muchos nos niegan.

Es menester estar cegado por la pasión para no comprender la hermosura de esta conducta del liberalismo. De ella dijo *El País*, en artículo generalmente considerado como de alta procedencia: «que partía en dos la historia política de Colombia y hacía ponerse en pie para cantar el himno de *Ave Patriae*!; que los conservadores aceptaban el alto torneo de patriotismo a que los liberales les dábamos cita y pondrían especial empeño en salir victoriosos en él; que esta era una verdadera resurrección de la Patria; que sería secular la cosecha de semejante siembra; y que era necesario aunar los esfuerzos de todos para reparar en la casa solariega las grietas que abrieron los rencores de unos y de otros, grietas por las cuales atisba el enemigo capital de la familia colombiana y por donde ya una vez penetró, en ocasión dolorosa.» «Colombia ha surgido a nueva vida, agregó, y sus hijos han escuchado, al través del tiempo y de la distancia el consejo

del Libertador moribundo : uníos, uníos, o la discordia os devorará.» «Aplaudimos sin reservas, termina diciendo el artículo, la conducta del liberalismo, con la cual se ha hecho acreedor a la gratitud nacional, pues al engrandecer la Patria se ha engrandecido a sí mismo.» De manera que aquí también nuestros adversarios nos hacen la justicia que muchos de nuestros mismos copartidarios nos niegan ; aquellos atribuyen nuestro proceder a propósitos elevados, y no a los mezquinos que algunos de éstos nos imputan.

El Directorio nacional conservador, en su último Manifiesto, de 17 de diciembre, supo, igualmente, apreciar la alteza de miras de nuestro comportamiento, cuando dijo :

«Una de las más claras señales del espíritu pacífico y civilizado que va predominando en la opinión, es la adhesión que el mayor número del Partido liberal presta a la candidatura del Partido conservador. Esta adhesión espontánea, que no estriba probablemente en otra cosa que en el reconocimiento de las dotes y circunstancias que enaltecen al candidato, es efecto de la opinión de que hablamos y que tiene por causa el bienestar social. Como otra vez se ha dicho, la adhesión liberal no implica ninguna fusión doctrinaria, pues ésta es imposible en el hecho, y en suposición sería perniciosa. El concurso liberal no es el fenómeno que precedió a la Constitución del año de 1858 ; tampoco es la alianza transitoria que sirvió para abatir los Gobiernos personales en 1854 y 1909 : ese concurso es la satisfacción extraordinaria de la necesidad, extraordinaria también, que hoy tiene nuestra tierra de paz inalterable, a fin de asegurar su existencia y su progreso. La adhesión, contemplada de este modo, es pensamiento sabio, hecho civilizado, empresa patriótica. Estamos, pues, obligados a corresponder a ella con estimación y agradecimiento, y a contribuir en favor de sus justos resultados, entre los cuales no ha de ser el menor el acercamiento que mitiga las disensiones sociales y patentiza las intenciones que se inspiran en el bien.»

Estos mismos sentimientos y apreciaciones constan en el siguiente telegrama-circular :

Directorio conservador de... «Bogotá, enero 10 de 1914»

«Por suerte feliz, insólita en nuestra tormentosa historia, el Partido liberal ha adoptado la candidatura presidencial presentada al sufragio de la Nación por el conservatismo ; pero este acto patriótico y espontáneo no implica fusión de principios ni dualidad de dirección ; antes bien, ambas colectividades deben concentrarse y perfeccionar su organización, puesto que los partidos bien organizados son amparo de la paz, salvaguardia del orden y baluarte de la libertad.

Dos adversarios tradicionales, dos fuerzas distintas y antagónicas, marchan unidas en este momento supremo, para el bien de la patria común, y el alto fin de la unión debe amoldar y dirigir en el debate electoral la acción conservadora, aceptando la colaboración liberal noblemente, sin recelos, suspicacias ni desconfianzas.»

José Manuel Goenaga, Jorge Vélez, Gerardo Pulecio, Lorenzo Marroquín, Anibal Brito, Juan Evangelista Trujillo.»

En efecto, tal vez no hay en los anales americanos un caso como éste, de un partido de oposición que, espontánea y generosamente, sin plantear su conducta sobre bases de intercambio político, adopte la candidatura de un adversario, sólo con la mira de producir

hacia fuera una impresión de poder que imponga respeto, que inspire confianza por la seguridad de la paz y que aumente el crédito por la solidez de un Gobierno rodeado por los dos grandes partidos tradicionales; y hacia dentro, una sensación de tranquilidad, apaciguadora de los ánimos y favorable al desarrollo de las industrias, por la certidumbre de los cálculos en que no entra como elemento la perturbación del orden.

Esto ha sido, como lo dice el *Plan de marzo*—estatuto fundamental de la organización del Partido— «confundir la bandera liberal con la de la Patria,» y creer que si ésta prospera, el liberalismo prosperará también, cálculo el más noble pero también el más hábil de que quizá haya ejemplo en nuestra historia. Quien sea incapaz de comprender los altos móviles que guían a los conductores del liberalismo en esta emergencia, es porque está dejado de la mano del patriotismo y porque es incapaz de levantar el corazón y la mente a sentimientos e ideales distintos de los del vulgo.

En la cumbre se contempló a la Patria y se procedió sobre el supuesto de que quien trabaja por ella, trabaja por el Partido liberal, como quien propende por el total, propende por cada uno de los sumandos. Es que la situación internacional de Colombia es tan complicada y peligrosa que necesita remedios heroicos:

Por el sur, la usurpación peruana progresa y se consolida cada día, y los avances del Brasil no se detienen por el Tratado de límites que, haciendo grandes sacrificios de nuestras pretensiones primitivas, se celebró con ese país; por el oriente, nuestros llanos de San Martín y Casanare, capaces, por su extensión y su riqueza, de contener otra nacionalidad como Colombia, agonizan por la persistente negativa de Venezuela a reconocernos la libre navegación del Orinoco, formado en su mayor parte con tributarios que nacen en nuestro territorio; por el nordeste, las Provincias de Cúcuta tienen su tráfico de exportación e importación sometido al duro y humillante tributo que la misma Venezuela les impone, a su paso por Maracaibo, al propio tiempo que para cumplir el laudo español y para pactar con nosotros un razonable tratado de comercio nos exige 50,000 kilómetros de nuestro territorio; por occidente, nuestros Departamentos del Pacífico tienen que comprar al Perú la sal que necesitan, ayudándole así con nuestro dinero a la adquisición de elementos y al sostenimiento de tropas para invadir el Caquetá; y por el norte tenemos siempre oscurecido el horizonte por la nube de tempestad con que nos amenaza la indefinición del conflicto de Panamá con los Estados Unidos. Del riesgo que esto entraña es indicio el reciente discurso de Roosevelt en Santiago de Chile, en que habló de que, en virtud de la Doctrina Monroe, «los Estados Unidos necesitan dominar las líneas de acceso al Canal»; es decir, que ya no se contentan con la zona en que lo han abierto ni con tener sometido a su protectorado todo el Istmo, sino que pretenden una faja marítima al occidente, en el Pacífico, y al oriente, en el Atlántico, nadie sabe de qué dimensiones a lo largo ni a lo ancho, pero que sin duda comprende cuantos puertos puedan necesitar o decir que necesitan, como Cartagena y Santamarta, de un lado, y Buenaventura y Tumaco, del otro, junto con las islas adyacentes.

Y es muy de prever que, con el descrédito en que está cayendo la política demócrata, especialmente por su incalificable manejo en Méjico, ni el Presidente Wilson será reelegido, al expirar su período, ni otro hombre alguno de su Partido triunfe en el debate presiden

cial; y que la reacción en favor de los republicanos se personificará en Roosevelt, nuestro enemigo capital, de quien todo lo podríamos temer, particularmente si a su advenimiento encuentra al pueblo colombiano devorado por las facciones.

Ante peligros como éstos, la política liberal se encamina a agrupar todo el pueblo colombiano al pie de la bandera nacional, para defenderla a todo trance; y se propone también levantarse a una altura desde donde pueda mirar a lo exterior; mientras que quienes nos combaten, no sólo se limitan a contemplar las cosas dentro de las fronteras del país, en sus luchas intestinas, sino dentro de las de su partido o de su círculo, y tal vez sólo dentro de sus conveniencias personales egoístas. Qué gran diferencia de criterio! Algunos Diarios republicanos llegaron hasta decir que «el factor Patria nada tenía que ver en esta emergencia electoral»; pero el mismo Dr. Esguerra se encargó de desautorizarlos, haciendo girar su programa al rededor de las conveniencias nacionales, aunque debe sernos permitido decir que se limitó a seguir las huellas de nuestros pasos y, además, no fue lógico, puesto que la bandera que alzó fue de división entre los colombianos.

¡Cuánto más patriótico habría sido de su parte, en vez de aceptar una candidatura que no tiene las menores probabilidades de triunfo, rehusarla e invitar a sus amigos a rodear al candidato nacional! y cuánto habría contribuido a hacer más hermoso el espectáculo, al propio tiempo que habría cerrado con broche de oro su carrera pública!

Sin embargo, el Dr. Esguerra es muy superior a su partido, como patriota y como hombre culto y tolerante. Si él hubiera sido siempre Jefe del republicanismo, y si siempre se hubieran seguido sus consejos, quizá no iría ese grupo camino de la extinción, después de defraudar las esperanzas que en él fincaron algunos.

II

Están muy lejos de dar a la Resolución liberal todo el alcance, trascendencia y fecundidad que tiene para el porvenir, los que hablan de contubernio con el adversario y preguntan el precio—en concesiones de doctrina o en recompensas individuales—de lo que califican de claudicación, así como los que hablan de que esa medida es una emboscada, o que envuelve una intención oculta y maquiavélica contra el conservatismo. No se trata de combinaciones o maniobras de baja estofa, ni de lucha por los dividendos burocráticos, ni de sentar partidas en la contabilidad de la política, con sus correspondientes Debe y Haber; éste no es un juego de *do ut des* ni de *fatio ut fatis*; nada hemos exigido en cambio de nuestro apoyo y nada se nos ha ofrecido a trueque de nuestro concurso; el acto no debe pesarse en la balanza ruin de la utilidad; hemos colocado el debate en la región del patriotismo y de la concordia, o como lo dijo un periódico conservador, «lo hemos situado en la zona de las nieves.» Culpa será de los que allá no puedan trepar, si se quedan trajinando por las hondas cañadas de la política, sin horizonte para las ideas y reducidos a la sola visión de los intereses mezquinos.

El liberalismo no ha faltado, en modo alguno, a sus doctrinas; no ha ejecutado una acción inmoral; no ha vendido su derecho de primogenitura por un plato de lentejas y no ha perdido un ápice de su autonomía. Seguirá desarrollando su misión, dentro de la órbita de la

legalidad, sin ingerencia extraña. Así lo reconoció *El País* en el artículo citado: «El Partido liberal, dijo, al asumir la actitud que encomiamos—actitud sin antecedentes y, por lo mismo, de más valor—ni abdica de su credo ni renuncia a sus aspiraciones.» En otro artículo de ese Diario, probablemente de la misma experta pluma, se lee:

«La actitud del liberalismo es otro hecho que mantiene desazonados a varios de sus jueces. Esta actitud, sin compromiso previo, y sin oferta ni promesa alguna, es: o un acto de traición o un acto de patriotismo. Para ser traición le falta el precio; y parte de él sería el absurdo de que se borrara de la memoria de los colombianos un siglo de inquietudes y de luchas en pro de una idea que nosotros combatimos, pero que siempre es una idea; luego la razón patriótica es la única que, no sólo explica, sino que justifica tan gallarda actitud.

«La gallardía liberal no consiste en la adhesión al candidato conservador, pues éste es un factor minúsculo que desaparece ante la magna ofrenda de tranquilidad hecha en los altares patrios. Menguado y abyecto sería el hermano que, al ver la madre en peligro, tendiera la diestra al hermano y sólo pensara en la partición de los haberes comunes, que haría más fácil el olvido de pasados rencores! El Partido liberal de Colombia tiene antecedentes que respetar y deberes que cumplir; y los que a móviles ruines atribuyen su actual conducta, o no la entienden o aparentan no entenderla; y en uno u otro caso resulta recto, aunque severo, el juicio nuestro al estudiar este fenómeno.

«Los que juzgan—por esta o aquella razón—que no deben poner su óbolo en la obra de eliminar de la Administración pública que ha de inaugurarse el 7 de agosto venidero, los problemas internos, para que pueda dedicarse a estudiar y resolver, pronto y acertadamente, las cuestiones vitales que el país confronta, cometen un error, en nuestro concepto.

«Ni decadencia del espíritu público, ni cobardía moral entraña lo hecho por el liberalismo. Si lo que fue gloriosa Unión republicana mereció el aplauso de todos y fue fecunda, este concurso espontáneo de voluntades para salvar a la Patria, no del mal pasajero de la Dictadura sino de otros más temibles y permanentes, ¿por qué no ha de tener siquiera la noble significación de aquélla, ya que las dos entidades ni confunden sus banderas ni renuncian a sus divisas históricas, sino que marchan galvanizadas por la aspiración de lo Alto?

«La lucha que, en la vida de las democracias, nunca termina, con actitudes como la que comentamos se ennoblece y se agiganta, y de la caldeada atmósfera de la calle se traslada a la serenidad de las nevadas cimas.

«Se abandona la recriminación del hermano para rodear el lecho de la madre enferma, y en este afán solícito de los hijos, la corona ceñirá la frente, no del que más prometa, sino del que más haga.

«Verdad es que en el funcionamiento del organismo político los partidos—esas fuerzas vivas—tienen su correspondiente esfera de acción, pero esto no se opone a que, en un momento dado, concurren a vigorizar y hacer irresistibles las energías vitales del todo por cuya existencia próspera trabajan; y verdad es que para conseguir este resultado se necesita de un gran sacrificio y de una abnegación heroica; pero también es cierto que, en los momentos supremos, el interés colectivo es un prisma que reúne y suma las distintas aspiraciones en el haz luminoso del amor a la Patria.»

Otra vez son más cultos nuestros adversarios que algunos de nuestros amigos, a quienes nos desvelamos por servir y que, sin embargo, están a cada momento acosándonos con sus sospechas y acogiendo y propalando, como si en ello tuvieran particular complacencia y deleite, las especies más inverosímiles que, con malignidad calculada, echan a rodar los republicanos, que para esto sí tienen rara habilidad.

Cosa curiosa! antes costaba trabajo detener a ciertos grupos del liberalismo para que no fuesen a conjunciones inconsideradas con los republicanos (conservadores y liberales de origen), so pretexto de que «era necesario prestarle apoyo al Gobierno»; y ahora que, sin pactos desdorosos de ninguna clase, se les pide su concurso para la constitución de un régimen protector de los derechos de todos, se muestran renuentes y no faltan algunos que le den a su resistencia carácter salvador para la honra y la dignidad del Partido, sin que conste cuándo éste les confiara su guarda, ni exhiban los títulos correspondientes. Conviene no olvidar que si el Partido liberal aspira a llegar a ser Gobierno, para aplicar sus ideas convirtiéndolas en leyes, también puede lograrlo, en todo o en parte, sin estar en el Poder. Por eso los Directores del liberalismo proclamamos y reafirmamos diariamente el programa liberal, en sus líneas durables y que tal vez sin hipérbole podrían llamarse eternas, y en sus líneas accidentales o de realización en cada época.

Lo que principalmente ha buscado el liberalismo, en lo que a él propio se refiere, además del provecho para la Patria, es la inviolabilidad del orden jurídico; en otros términos, la vida del derecho para sí, como colectividad, y para cada uno de sus miembros, y abriga la confianza de que la gozará durante la Administración Concha.

Nosotros procedemos sobre la seguridad de que esa Administración tendrá, por lo menos, estos siete predicados que le atribuimos en la *Exposición* que hace poco publicamos:

1.º Será honrada en el manejo del Tesoro público. Si tal es el principal título con que se recomienda la actual, el mismo, y tal vez en mayor grado, asistirá a la próxima. La probidad de que el Dr. Concha ha dado siempre pruebas como ciudadano y como funcionario, abona esta afirmación, aunque en estos días el Diario republicano *La Patria* la haya puesto en duda;

2.º Será netamente civil. Para aseverarlo no se necesita exigir del Dr. Concha profesión de aquel regalismo que practicaron tantos Gobiernos conservadores en Colombia, como herencia de los soberanos españoles, que no por llamarse *Majestades católicas*, dejaban de defender las prerrogativas de la Corona; basta saber que el Dr. Concha está profundamente imbuido en el concepto de la independencia del Poder civil, para creer que defenderá la integridad de sus fueros, contra cualquiera tentativa de intromisión inconsiderada de otros Poderes;

3.º Será respetuosa de las garantías individuales. De quien ayudó a echar por tierra las facultades omnímodas; de quien fue autor de la ley sobre libertad de la Prensa y luego ha sido constante defensor de ella; de quien formuló el proyecto de *Habeas corpus* que, sin duda, bajo su Gobierno llegará a ser ley; y de quien presentó el proyecto de Código penal, inspirado en las doctrinas modernas, en reemplazo del draconiano que hoy tenemos, no es de quien pueden temerse atropellos a las libertades públicas y a las de los ciudadanos, para re-

novar el ensayo del gobierno personal o de la dictadura. El Dr. Concha conoce suficientemente la Historia para saber la suerte que esa clase de regimenes ha tenido siempre en Colombia;

4.º Será guardadora de la Constitución y de la ley. Todo nos hace confiar en que el Dr. Concha rechazará, el primero, cualquier sugestión para vulnerarlas y entrar por el camino de la arbitrariedad; el primero en cumplirlas; el primero en exigir acatamiento a ellas, por parte de las demás autoridades; el primero en promover el castigo inexorable de sus violadores, sean ellos quienes fueren; y el primero en procurar su conveniente reforma, por los medios que ellas mismas arbitran;

5.º Será celosa en la defensa nacional, comprendiendo en ella la acertada solución de los problemas exteriores, para lo mejor de los intereses, de la honra y del porvenir de Colombia;

6.º Será activa y enérgica en la promoción del progreso, previo corte definitivo de los lazos y trabas que le oponen ciertos contratos o concesiones existentes. La especial preparación del Dr. Concha para el Gobierno es la mejor garantía de que su Administración no será otra página en blanco para el avance nacional; y

7.º Será verdaderamente republicana, por su acatamiento a las manifestaciones auténticas de la voluntad popular, que es la única soberana, y como tál, sabrá resistir las sugestiónes de la rutina y de la reacción.

Reproducidos con elogio en *El País*, en *La Crónica* y en *El Nuevo Tiempo* estos siete distintivos atribuidos por nosotros a la Administración Concha, han ganado en autoridad. Ahora bien: dentro de esos términos el liberalismo puede perfectamente vivir tranquilo, con la certidumbre de que sus derechos serán respetados.

En este punto, los adversarios liberales de la candidatura Concha incurrén en una rara contradicción: se burlan de quienes la recomendamos como fuente de garantías para los derechos de los copartidarios, y al propio tiempo fundan su resistencia en el temor de que el Presidente Concha entregue los Departamentos a la opresión de los peores elementos concentristas. Mientras los opositores de la Dirección sueltan ese nudo, nosotros decimos que es muy fácil hacer frases de mofa, pero que aquí se trata de la cosa más seria del mundo. Nuestra determinación no se ha inspirado en consideraciones egoístas. Los Jefes del liberalismo, que residimos en la capital, no corremos riesgo en nuestras personas; Bogotá, además de tener una evidente mayoría liberal, que se protege a sí misma, es ciudad de índole benévola y culta, donde los atentados de origen político no están en el orden de lo probable; pero nosotros hemos debido preocuparnos por la suerte de nuestros amigos de las aldeas y campos remotos; y salta a la vista la diferencia de situación que necesariamente se les crea si votando contra el candidato conservador o absteniéndose, les dan a los caciques el pretexto de perseguirlos como vencidos o como hostiles, o si confundidos con ellos, van a una victoria común, que es como romperles el arma de la opresión en las manos,

No es que yo crea que para tener garantías los liberales, se necesite que votemos por el Dr. Concha. Las mismas esperamos que tendrán quienes voten contra él. Lo que hay es que en Bogotá y en las capitales de los Departamentos esta materia de candidatos se discute en un terreno, por decirlo así, abstracto o ideológico; mas para los habitantes de las aldeas y los campos es cuestión concreta, directamen-

te conexas con las necesidades de su vida cívica y aun ordinaria.

Preocupémonos, pues, algo menos de nuestros caprichos y pasiones capitolinas y algo más del porvenir de nuestros hermanos de los Distritos, que no tienen más amparo que sus Jefes, y no los sacrifiquemos a nuestros rencores y ambiciones.

Fatigado y empobrecido por tantos años de lucha y de persecución, el liberalismo necesita reposar a la sombra de la paz y de la ley para poder restañar sus heridas, fortificarse y completar su organización. El principal obstáculo con que hemos tropezado para perfeccionarla ha sido la Unión o el Partido republicano que, con su indefinición de si es colectividad distinta o si hace parte de la liberal, ha sembrado en nuestro campo la anarquía y el desconcierto, por el derecho que se ha reservado de estar continuamente interviniendo en nuestras orientaciones y procedimientos. Por eso son tantos los que creen que la primera necesidad de la política colombiana es la desaparición del republicanismo. Por fortuna, ese hecho se aproxima; el 8 de febrero próximo se verificará una primera liquidación, al contarse los que vayan a votar por él; y del 7 de agosto en adelante comenzará la segunda y definitiva liquidación, principalmente al no poder seguir practicándose la fórmula del difunto Dr. Salazar Mesa. Al amparo de las garantías de que disfrutaremos y sin el riesgo de que, como varias veces ha sucedido, se nos imputen planes de guerra civil, aun por boca de Ministros de Estado, podremos aprovechar estos cuatro años para unificarnos. Entonces todos los liberales de buena fe que en aquel bando han militado y que definitivamente no hayan renunciado a su antigua filiación, volverán a nuestro campo, y en él pueden estar seguros de encontrar las puertas y los brazos abiertos, con total olvido de todo lo pasado. Sólo unos pocos desorbitados quedarán desempeñando el papel de duendes, para estar apareciéndose a deshoras en los diversos campos, con el fin de asustar a las gentes timoratas. Pero ese ya no será más que el partido de los duendes.

III

Quando la Asamblea de 1910 eligió Presidente al Sr. Restrepo, el Dr. Esguerra dijo que el turno siguiente correspondía al Dr. Concha, y una opinión análoga expuso entonces el Dr. Diego Mendoza Pérez, en el telegrama que desde Barranquilla dirigió a la Prensa bogotana, a su regreso del Exterior. Nosotros podríamos decir que seguimos hoy las indicaciones de esos dos políticos.

Además, es voz común que los republicanos estuvieron listos a adoptar la candidatura Concha; las razones que tuvieron para parecerles buena esa solución, abonan la nuestra y los inhabilita para censurarlos. Sólo cuando creyeron que les habíamos ganado de mano, rehusaron, por soberbia, seguir ese camino. Lo que querían era tomar ellos la iniciativa para llevarnos de reata, aparentando una fuerza de que carecen y que nosotros les daríamos, para hacerla ellos valer en su exclusivo provecho político; pero querían obrar así sin comunicarnoslo previamente y sin siquiera invitarnos a que los acompañáramos. Lo que les ofendió y luego no han podido perdonarnos, fue que no nos esperásemos a que nos marcasen el rumbo y nos pusiésemos a su remolque. Procedían sobre el supuesto de que, sin necesidad de tomar nuestra venia, disponían de nosotros para secundarlos y de que no podríamos tomar otra senda que la que nos trazasen. De ahí que su primera impresión, cuando nos vieron proceder con independencia,

fue de desconcierto, luego de estupor y después de despecho y cólera indecibles. Tardaron tres meses en vacilaciones, entre cinco o seis candidatos, como los albaneses en busca de rey. Esa la causa de que su Prensa no cese un solo día de insultarnos. Saben que necesitan nuestro apoyo, porque sin él no valen nada, y sin embargo no le dan paz a la mano para prodigarnos dicterios, como si fuese a golpes el mejor modo de conquistar nuestra buena voluntad. Lo incalificable es que haya copartidarios que sí se dejen convencer por esa clase de argumentos y se manifiesten dispuestos a seguirlos!

Los republicanos dejan entender a la sordina que la candidatura Esguerra es oficial, y que por esto tiene asegurado su triunfo, pero hay que hacerle al Sr. Presidente Restrepo la justicia de que, hasta ahora, permanece en actitud de perfecta imparcialidad y aun de indiferencia, aunque no dejan de sorprender circulares como la recientemente expedida por el Gobernador de Huila, en que sienta la teoría de que los Gobernadores sí pueden influir sobre las corporaciones electorales,

Grande fue la decepción de los republicanos, que anunciaron que el Dr. Clodomiro Ramírez, al venir a encargarse del Ministerio de Gobierno, «haría política y obligaría al Presidente a hacerla.» Pero apenas llegado a Bogotá, hizo declaraciones categóricas de que no se prestaría, según sus palabras, «a servir para soldaduras políticas.» Tal vez si se hubiera tratado de un candidato republicano de origen conservador, la conducta del Gobierno hubiera sido distinta; pero no así siendo uno de origen liberal, porque para eso sí tienen en cuenta la procedencia. Durante estos cinco años de republicanismo, lo mejor de los dividendos de la compañía lo han tomado los conservadores: dos Presidencias, los mejores Ministerios, las Legaciones, las Gobernaciones y el noventa por ciento de los empleos. Ahora que ya la sociedad va a liquidarse, es cuando se acuerdan de ofrecer a un socio liberal antiguo una candidatura de burlas, a sabiendas de que será derrotado. Tuvieran la más pequeña seguridad de triunfo, y entonces lo reservarían a un conservador. Y es en esta farsa en la que se quiere complicarnos! Lo extraño es que haya liberales que voluntariamente se presten a entrar en ella. Por respeto al mismo Dr. Esguerra es por lo que no debía permitirse que, como en los circos españoles, se le emplee a guisa de caballo inútil, para echarlo a los cuernos del toro, a los cuernos del toro del desastre.

Lo ilógico es que, llamándose *republicanos* y diciendo que vinieron «a restaurar la República,» se quejen amargamente del Gobierno porque no trilla el camino de la imposición electoral, convirtiendo el Ejército en guardia pretoriana, destinando el Tesoro público al triunfo de la candidatura oficial y enviando a las cárceles o al destierro a quienes no fuesen partidarios de ella. No hace mucho, un Diario republicano habló de copartidarios suyos que bajaban las escaleras de Palacio con el ceño fruncido porque el Sr. Restrepo no había querido ceder a las exigencias de carácter electoral y político que habían ido a hacerle; lo que prueba que, así como el Dr. Esguerra es superior a su partido, el Presidente Restrepo es más genuinamente republicano que quienes se dicen sus amigos y, sin embargo, lo aconsejan mal.

En la intimidad, los republicanos confiesan que van derecho a la derrota y aun se les han escapado declaraciones públicas en el mismo sentido. Efectivamente, si en todas las elecciones pasadas, como por ejemplo, las últimas de Consejeros municipales en Bogotá,

salieron vencidos, luchando contra el Partido liberal y el conservador separados, que buscaban la mayoría o la minoría en listas plurales distintas ¿cómo se imaginan triunfar ahora contra los dos Partidos sumados y que van a votar con una misma papeleta y por un solo nombre? Sólo apelando al fraude podrían triunfar, pero ese fraude es imposible estando la mayoría de las Corporaciones electorales en poder de los conservadores.

Siendo, pues, irremediable el fiasco de la candidatura Esguerra qué es lo que se pretende, arrastrando una parte del liberalismo en esa aventura? Es la flecha del pártito que, al huir, se complacía en dejar mal herido a su enemigo. Es una obra de pura malignidad, para impedirle al Partido liberal que cumpla su misión social y política. Mas como la mayor parte de él, si no su totalidad, sufragará por la candidatura Concha, es todo lo probable que pronto la porción extraviada, una vez reconocido su error, vuelva a unirse con la que sin duda seguirá el camino trazado por la Dirección; pero eso habría sido pérdida de tiempo y, sobre todo, de la oportunidad de hacer una demostración de fuerza que impresione al país entero, sobre el número y la disciplina de los liberales. O bien, esa porción extraviada acabará por incorporarse en el republicanismo, a tiempo que este cae; pero entonces, más valdría que lo hubiera acompañado mientras fue Gobierno, que es cuando habría podido influir en la expedición de reformas en sentido liberal.

El Centro republicano, en su último Manifiesto, declaró que «en ningún caso habría votado por candidato de partido *enemigo*.» ¿En qué concepto tienen el decoro liberal los que, después de esa declaración despectiva u hostil, quieren que nosotros sí vayamos a votar por el candidato republicano, después de que él proclamó su separación del liberalismo? Véase, por otra parte, la lista de miembros de Consejos departamentales elegidos por el Gran Consejo electoral. La minoría republicana de éste no quiso darnos en ellos un sólo representante. Corresponderemos a esa exclusión odiosa, enganchándonos bajo su bandera?

Cosa extraña la que con los republicanos pasa: todo Partido, al lanzar sus candidatos, cuenta, naturalmente, con sus propios votos, mientras que el republicanismo basa sus cálculos sobre los votos ajenos. Es como si el liberalismo hubiera lanzado candidato propio, contando para su triunfo con los votos de los conservadores. Esas son de las cuentas que no salen.

Los republicanos dicen que son necesarios para evitar los choques de los partidos «extremos.» Precisamente fundaron un grupo intermedio, diz que para satisfacer esa necesidad. Sin embargo, cada vez que hay una señal de inteligencia entre liberales y conservadores, ponen el grito en el cielo clamando «contubernio y claudicación,» como sucede en las actuales circunstancias. Realmente, lo que el liberalismo está haciendo ahora es practicar la esencia de lo que fue la primitiva tesis republicana, de tolerancia y transacción, pero con la gran diferencia de que, aleccionados por la experiencia, esto que hoy hacemos no es una alianza, una conjunción, ni mucho menos una fusión, pues ambos partidos conservan la integridad de su independencia, toda su libertad de movimientos y va cada uno con su propia bandera, sin necesidad de fabricarse una de diversos colores, pues para eso tienen la común de la Patria. No obstante, los republicanos, con una inadmisible falta de lógica, censuran duramente en

nosotros lo mismo que ellos pretendieron hacer y al fin no hicieron, pero que sí es posible que nosotros realicemos, evitando los inconvenientes con que ellos tropezaron desde que pensaron fundar el partido de los equidistantes, de los eclécticos y de los epicenos. No se llegará el caso de discutir, como a ellos les sucede, si somos Unión compuesta de elementos distintos, o partido nuevo, puesto que nosotros no nos incorporamos, en ningún caso, con los conservadores para formar otra colectividad. Lo que ocurre es que los dos grandes Partidos tradicionales no siguen ahora direcciones opuestas o encontradas, sino que marchan en líneas paralelas, a la conquista de la paz y del porvenir nacional, y todos saben que las paralelas no se juntan y confunden sino en lo infinito.

IV

En dos circunstancias tal vez hubiera podido suceder que los liberales tuviésemos un candidato común con los republicanos: si se hubiera realizado la reforma electoral o si ellos hubieran aceptado la unión a que los llamó la última Convención nacional. Con un buen sistema electoral, quizá habríamos podido afrontar la lucha con candidato propio. Pero ni el Gobierno apoyó el proyecto, ni los republicanos tampoco: bien al contrario, es cosa sabida que uno de ellos, el Sr. Cano, informó adversamente respecto de él, y contribuyó como el que más a que se le archivara. Eso nos obligó a buscar otro camino. También nos indujo a ello la negativa de los Sres. Esguerra, Herrera y Cano a entrar en la Dirección liberal, para unir el Partido, así como las de los Sres. José Ignacio Escobar, Jorge Camargo, F. de P. Manotas, José F. Acebedo, Pablo Rocha, Liborio Cuéllar, S. A. Galofre, Martín Camacho, Marco A. Iriarte y otros, que se denegaron a entrar en el Cuerpo de Consejeros. La repulsa desdeñosa de unos y la ofensiva de otros, fue lo que hizo imposible la compactación. La Convención vio lejos: quiso echar las bases de la unificación liberal, sin duda con la mira de llegar a un acuerdo sobre candidaturas presidenciales. Se malograron esos propósitos, por culpa de los republicanos y de los radicales, y es hoy cuando ellos vienen a hablar de «unir el partido» bajo la candidatura Esguerra. No quisieron venir a nuestro campo y ahora quieren que nos pasemos en masa al suyo, y como nadie admite ese absurdo, apelan al sofisma de contraponer la candidatura Esguerra a la del Dr. Concha, para encontrar inadmisibile que los liberales optemos por ésta; pero aparentan olvidar dos cosas: que estando ambos fuera del campo liberal, no se sabe por qué los copartidarios hayan de preferir la primera sobre la segunda, sólo porque ésta ha sido aconsejada por la Dirección nacional, lo que ya sería puro espíritu de contradicción; y que hay en esto un error cronológico, desde que, cuando el liberalismo ofreció su apoyo a la candidatura Concha, la del Dr. Esguerra no había aparecido; tardó tres meses en ser lanzada y nosotros no podíamos quedarnos esperando a que los republicanos alzaran su pendón para seguir humildemente tras él. Ni aun cuando el lanzamiento de las dos candidaturas hubiera sido simultáneo, habríamos optado por la del Dr. Esguerra, a título de liberal; pues para eso habría sido preferible presentar candidato propio, de filiación indiscutible, tras del cual—ya lo sabemos por la declaración del Centro—no habrían seguido los republicanos.

¿Cuál es el amor que algunos liberales le profesan a su causa y cuál su orgullo cuando piden que le sirvamos de peón de estribo al

republicanismo? Si este buscaba la alianza liberal, debió aceptarla cuando se le propuso, y debió haber hablado claro desde el principio, pues para ello se le hicieron avances. O no la buscaba ni la quería, y entonces, de qué se queja? Lo que podemos asegurar es que de parte de ellos no hubo nunca la menor iniciativa para entenderse con nosotros. «Nada tenemos que hacer con ustedes, nada común tenemos con ustedes,» fue lo que nos dijeron al tirarnos a la cara la repulsa irrevocable de las designaciones que se les hicieron para que nos acompañaran a la lucha. Es más: han hecho alarde de romper la tradición liberal, diz que para dejarnos íntegra la responsabilidad de lo pasado. Pues nosotros la asumimos con valor, en todo lo que tenga de glorias, de derrotas y de errores, como los hay en toda obra humana; la asumimos también para lo presente y para lo futuro; y por eso nos negamos a solidarizarnos con las culpas actuales y anteriores de los Gobiernos republicanos, culpas como las del vergonzoso desastre de *La Pedrera* y como la de la inepta gestión en asuntos como el de los ferrocarriles de Puerto Wilches y Girardot.

A republicanos y disidentes se les dio gusto en todo y se hizo todo lo posible por atraerlos. Se cambió la Dirección unitaria, contra la cual clamaban, por otra plural, y se les invitó a hacer parte de ella; se apartó al Indiscutible y al Unico, que decían ser el obstáculo para la conjunción, y todo siguió lo mismo: ni un solo día han dejado de denostarnos y calumniarnos atrocemente. Sorprendidos y deslumbrados ahora con el fenómeno luminoso de la actitud del liberalismo, se tapan la cara para no ver y se taponean los oídos para no escuchar. Sin conductores hábiles, sin Prensa inteligente y decente y, por último, sin el apoyo oficial que han requerido, es un grupo condenado a la extinción inevitable, y no es fácil explicar la tendencia suicida de algunos liberales a sepultarse con él, a tiempo que los republicanos de la Costa, el comercio de Bogotá y muchas gentes sensatas, que antes formaban en sus filas, manifiestan su repugnancia por la candidatura Esguerra y rehuyen embarcarse en nave que se ve ir a pique. En Departamentos como el de Caldas, esa candidatura ha sido la señal de apartamiento de liberales y conservadores republicanos, para reincorporarse en sus antiguos partidos. Mientras tanto, la candidatura Concha está admitida por los liberales de casi todos los Departamentos.

S lamente algunos hay en Bogotá que han optado por la abstención. Esta, como hecho negativo, es impotente para producir efectos positivos, los cuales están reservados a la acción. En la colmena humana es la obra de las abejas activas la que se aprecia, y la responsabilidad no se elude por la ociosidad de los zánganos ni por irse en enjambres a formar casa aparte. Qué se proponen con la abstención? ¿Por qué se separan de los demás grupos liberales de todo el país que van animosos a la lucha? ¿Por cuál especie de egoísmo lo abandonan? En los partidos es preciso que cada uno obre y asuma las consecuencias; a no ser que la abstención constituya en algunos un indicio de esa inercia mental que no acierta a decidirse, y en otros un cálculo matrero que se reserva seguir después la corriente que resulte triunfante. De todos modos, no es prueba de buen compañerismo hacerse a un lado en frente del peligro, cruzados de brazos, para censurar después a los combatientes si les va mal. En la historia de las guerras es caso frecuente que una operación mal concebida por el jefe, dé no obstante buen resultado, porque todo el Ejército concurrió a su ejecución, cargando duro por donde se le indicó, mientras que

los planes mejor ideados fracasaron porque las fuerzas se dividieron, o porque las órdenes superiores no fueron bien obedecidas y hubo Cuerpos que se pusieron en observación, a esperar cómo les iba a los demás. Pero entonces es una injusticia flagrante atribuir el mal éxito al *leader*, cuando en realidad corresponde a quienes declinaron concurrir con la parte que les tocaba, y esos son los que tendrán menos autoridad para hablar de la mala concepción del plan.

Sin embargo, tal vez son estos mismos los que nos enrostran que procedemos según la teoría del buen éxito. Verdaderamente, ese es un cargo que no debe hacerseles ni a los políticos ni a nadie. Todo el mundo, el estudiante como el abogado, el médico como el ingeniero, el militar como el comerciante, el agricultor como el artesano, buscan el buen éxito en sus operaciones. Así también los conductores de Partidos están obligados a tomar todas las medidas para no llevarlos al desastre. Lo incalificable sería que, viéndolo venir y siendo libres para evitarlo, guiasen la colectividad a la derrota, con pleno conocimiento de causa y a sabiendas de para dónde iban. Aquello de «caer con la bandera» no es entonces más que una frase de hueca retórica, para ocultar la ineptitud. En todo caso, esa bandera, con la cual habríamos de caer, no es la republicana, ni el buen éxito que buscamos es otro que el muy lícito de la prosperidad de la Patria, dentro de la cual envolvemos la del liberalismo, como queda ampliamente explicado.

V

Pero se habla de que el Dr. Concha no ha lanzado programa y el Dr. Esguerra sí. Ya se ha demostrado que el propuesto por este último puede ser suscrito por cualquier colombiano, inclusive por los conservadores, y que aun éstos, en materia de reformas, han declarado, por boca de sus Jefes, que quieren ir más lejos que el candidato republicano, quien se contenta con las ya obtenidas.

El Dr. Concha puede decir, si es que no lo ha dicho, a quienes postulan su candidatura: «puesto que ustedes vienen a buscarme, será porque me conocen, por mis antecedentes personales y políticos, es decir por un pasado que responde de mi porvenir. Si así no fuera, irían ustedes a hacer el ensayo de un hombre nuevo, ensayo que, por muy buenas frases que pronunciara, podría salir fallido.»

Y el Dr. Concha podría agregar, si es que no ha agregado: «en los ochenta años que llevamos de República, después de que cesó la guerra de Independencia, no ha habido candidato que en su programa, ni Presidente electo que en su discurso inaugural, no hayan ofrecido montes y maravillas, que nunca o rara vez vimos realizados. Vamos a ver si con menos promesas verbales, presento yo más hechos positivos.»

No venimos nosotros a decir del Dr. Concha lo que dijeron los republicanos acerca del Sr. Restrepo, «que era más liberal que ellos,» en lo que, por otra parte, pudo no haber mucha exageración, ya que la mayoría de los miembros de ese círculo, profesionales de la tolerancia, se han distinguido por la más áspera intransigencia política y social, atribuida a los conservadores.

Tampoco venimos a asegurar, como los republicanos lo hicieron, «que el Sr. Restrepo les dejaría el poder a los liberales,» sofisma con que engañaron a muchos, hasta que vino *El Tiempo*, redactado por el conservador Sr. Villegas Restrepo, a declarar rotundamente que «el republicanismo no era antesala de ningún otro partido.» Lo que pode-

mos garantizar es que bajo la Administración Concha los liberales, así como los miembros de los otros partidos y los colombianos todos, verán respetados sus derechos.

No corremos el riesgo de ser engañados, porque no se engaña sino el que recibe promesas, de las cuales no exige suficientes garantías de cumplimiento y después se le burla, porque quien se las hizo faltó a ellas. No es ese el caso. Las promesas del Dr. Concha son al país, no al liberalismo. Si hace un Gobierno con buenos caracteres, tendrá nuestro apoyo hasta el fin, no como liberales, ni a él como conservador, sino como colombianos patriotas a un colombiano patriota. Pero si defrauda las esperanzas que en él se fincan, le retiraremos ese apoyo, sin tener que sufrir una decepción como partido, sino como ciudadanos, y entonces—hecho este último ensayo—el país volverá definitivamente sus ojos hacia el liberalismo, para que lo redima.

En resumen: la política liberal es patriótica y es honrada. Redunda en provecho de la Patria, de la paz y del progreso; no implica abdicación de ninguna clase, ya que presentar candidatura propia o apoyar una extraña no es ni ha sido en Colombia, ni en ningún otro país, asunto de doctrina, sino sólo determinación adjetiva y procedimental, aconsejada por las circunstancias. No vamos a votar ni por un rey ni por un dictador, sino por un Presidente constitucional, quedándonos dentro de la República.

Ciertamente, la solución propuesta no es simplista, porque no es pasional, sino fruto de la reflexión; presenta cierta complejidad no acostumbrada en nuestros debates y que, por eso mismo, sorprende a los espíritus ingenuos; pero la complicación es precisamente distintivo del progreso; lo primitivo y lo rudimental es propio de los períodos atrasados.

Ni el liberalismo debe contentarse con acudir, por motivos de sentimientos o de intereses inmediatos, a necesidades del presente: como partido durable, debe mirar al porvenir y, si es preciso, sacrificar satisfacciones momentáneas, como base para el logro de aspiraciones superiores.

Hace cuatro meses está la Dirección nacional exponiendo los motivos de su proceder, como a nombre de ella he venido a hacerlo hoy en este recinto, porque en vez de dar órdenes para que se la obedezca por disciplina, ha preferido siempre dirigirse a la mente de sus copartidarios, para que obren por convicción. El partido sabrá ahora lo que hace. Puede que no imparta justicia a sus Directores, pero éstos tienen la profunda certidumbre de que vendrá el tiempo en que se reconozca que su consejo fue el más tino y acertado.

Propongo condensar las ideas expuestas en esta voz:

Viva el candidato nacional!

Explicación

El General Uribe, que no pensaba publicar esta conferencia, ha cedido a la solicitud en contrario que varios ciudadanos de distintos partidos le hicieron, y nos ha otorgado permiso para editarla por nuestra cuenta, conforme a la versión taquigráfica que un estenógrafo tomó en el proscenio del Teatro municipal.

Los republicanos y radicales que allí concurrieron, casi con el sólo objeto de impedir que la conferencia se diera, llevaban la esperanza de que, para ensalzar al Dr. Concha, el General Uribe deprimiría al Dr. Esguerra, y que además atacaría al Gobierno. Pero lejos de incurrir en ello, el General Uribe fue lo bastante sincero para elogiar al Dr. Esguerra y al Gobierno (por la imparcialidad de éste en el debate electoral) haciendo, eso sí, resaltar el contraste entre el patriotismo, tolerancia y cultura del candidato republicano, con el sectarismo y la intransigencia de quienes lo aclaman, y la neutralidad del Ejecutivo con la cólera que a ellos les produce.

Esta dialéctica, y el ruidoso éxito de la conferencia no ha podido soportarlo la Prensa republicana, quien ha redoblado la furia de sus ataques contra el tribuno liberal. Para darle forma durable a esa pieza oratoria, la publicamos en folleto, creyendo prestar así un buen servicio a la verdadera causa de la República.

QUIJANO & ANZOLA

FAES

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100125792

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

UNIVERSIDAD

EXAMEN

Salas de Escritura y Documental

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
EXLIBRIS
Sala de Patrimoni Documental